

La Universidad y la Promoción Cultural

Alfredo Gracia Vicente *

En primer lugar deseo expresar a todos mi admiración no por la paciencia que se necesita para escuchar sino por la fatiga que indudablemente han de sentir. A los compañeros les agradezco también el compromiso de ser muy breve.

Una costumbre, una de mis actividades, es la de "meterle" mano a la obra de Lope de Vega y dejarla en el 70% si le va bien a Lope; así he seguido con Tirso de Molina y afirmo que habra más víctimas; entre las víctimas yo mismo soy una: renuncio al 70% de las hojas que traigo y como mi tarea es hablar de la promoción cultural, voy a decir cómo la estamos realizando y ciertas indicaciones sobre cómo debiera ser en el futuro inmediato.

Es mi opinión que las cosas se hacen: que son hechos de los individuos, de la universidad, de las universidades, de los pueblos. En verdad, que son hechos antes que planes. Esto afecta incluso a las naciones, hechas día a día mientras se olvidan los modelos previos. Hoy podemos ver muchos de esos modelos tirados por los suelos.

Se me ha llamado, se me considera promotor cultural -yo ignoraba que lo era-; mis amigos, que me quieren mucho, han decidido que soy un promotor cultural y me gusta el calificativo. Vaya que me gusta.

Me ha agradado mucho pensar en eminentísimos personajes que no han sido más que promotores culturales. Por ejemplo: A don José Vasconcelos lo recuerda México por escritor, filósofo y político; pero ante todo, por la promoción cultural que realizó cuando más allá de reglamentos, estatutos, leyes o fórmulas patrióticas se atreve a decir a los pintores de México: "ahí están los muros de la patria: llénelos de arte y de pintura." Los artistas escucharon y

* Crítico de arte. Académico de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UANL.

cupieron los muros mexicanos de pasión pictórica. Si el Ministro de Educación José Vasconcelos hubiese actuado como funcionario, dudo que tuviéramos ahora la misma pintura. No hubiera habido presupuestos. La promoción cultural siempre es magra de presupuesto. Es más: el promotor cultural ha de prepararse para trabajar sin presupuesto ni retribución personal alguna.

Me gustaría nombrar en seguida a un venerado personaje español de quien conozco bastante. Llevo más tiempo de mi vida en México del que pasé en España, pero en ocasiones conozco mejor lo de allá que lo de aquí. Pues bien: he de referirme al promotor más grande que ha tenido el mundo -diría yo- pues sus ideas y hechos cambiaron la faz de una nación: España no sería lo que es, ni habría logrado tantas victorias en las áreas de la libertad, de la cultura y del progreso nacional, si no hubiera contado con un hijo como don Francisco Giner de los Ríos, fue el más notable de los catedráticos destituidos y expulsados de la universidad española del siglo XIX por atreverse a enseñar con criterio que a veces se apartaba de la letra de los textos oficiales. Giner de los Ríos fundó en libertad la Institución Libre de Enseñanza, de la que fue el alma y la vida.

Debiendo ser breves, es imposible decir en pocas palabras lo que fue la Institución; porque es lo cierto que tuvo una influencia inmensa en la cultura española e incluso en la política. Esa influencia todavía es visible en las gentes e instituciones del liberalismo ibérico.

En un momento de desánimo ante lo que pensó falta de identificación con los alumnos, dijo don Francisco. "Es que vienen mal preparados. Hagámonos maestros de niños." Tenía entonces el humanísimo promotor cuarenta y seis años y una preciosa y recortadita barba blanca. El honorable maestro recibió como alumnos a niños de siete u ocho años; uno de ellos, fue Antonio Machado, más tarde gran poeta y también genial promotor. Llegada la hora culta y adulta de Machado, el gobierno español, como Machado era un gran poeta, tuvo a bien nombrarle profesor de francés. Esto explica que el gran Machado, al crear un personaje con el oficio de maestro de retórica (Juan de Mayrena) le hace trabajar como profesor de gimnasia.

En Segovia se le hace justicia a Machado y se le nombra maestro de letras españolas. Sus actividades extraescolares me permiten proclamar a don Antonio Machado como un gran promotor cultural. El gran poeta creó con otros compañeros

maestros la Universidad Popular de Segovia en la iglesia románica de San Quirce adquirida en compra por algo así como veinte mil pesetas. La Universidad Popular de Segovia progresó en dos direcciones: la primera, eminentemente popular en que las madres aprendían a fajar a sus niños o alimentarlos debidamente, se enseñaba a hablar bien nuestra lengua y se daban clases de cultura agropecuaria, pequeños oficios, civismo, etc.; la segunda, de carácter culto, se desarrolló en edificios agregados para aulas donde se dieron lecciones magistrales y conferencias con maestros de fama universal como don Miguel Unamuno, Juan Ramón Jiménez o Américo Castro. Esta magna universidad se debió a la acción acertada y entusiasta del poeta, profesor de francés y promotor cultural don Antonio Machado.

Para no desequilibrar la balanza traigo también aquí el nombre de Antonio Reyes como promotor cultural: él fue un periodista entre otras cosas sabias y un ambicioso joven intelectual que a los veinte años de edad sabía de algunas cosas que no soñamos alcanzar los de ochenta. A los veinte escribió una increíble obra sobre Mallarmé. Reyes, que llevó siempre a México en el corazón, lo tuvo también en la boca en sus largos tiempos de extranjería. En Brasil creó un periódico que se llamo MONTERREY. En el Fondo de Cultura se puede ver y adquirir la edición facsímil.

En nuestra misma ciudad tenemos un ilustre personalidad de la promoción cultural. Les estoy hablando de don Raúl Rangel Frías, con cuya amistad me honro. El Lic. Rangel Frías ha sido Rector de la Universidad y Gobernador del Estado; pero de lo que ha sido -mejor recuerdo- es de su acción en un modesto puesto de promoción, el DASU, Departamento de Acción Social Universitaria: el que trajo aquí a Pedro Garfias, el que publicó la histórica revista ARMAS Y LETRAS, de la que personalmente rescaté algunas colecciones que estaban sentenciadas al abandono.

Es lamentable pero ahora no tenemos en la universidad ningún periódico así. A mí me gusta escribir y aunque no lo encuentro fácil, lo hago con frecuencia. Tengo compromiso con un mensual interuniversitario de nombre RAZA, Estudiante.

Tenemos también una excelente publicación que es la titulada DESLINDE dirigida por otra persona de la que también debemos estar orgullosos, el Lic. Miguel Covarrubias; en un número de DESLINDE me admitió un articulito; bueno, no era un artículo sino una traducción de poesía de un poeta catalán anarquista

de principios de siglo: gran poeta, de nombre Joan Salvat Papasseit.

No quiero cerrar mi intervención sin aludir a la ejemplar escuela de verano (46-56), debido a la iniciativa de nuestro respetado amigo ya mencionado Raúl Rangel Frías.

Al recordar esa Escuela se me ocurre una observación que ustedes juzgarán. Y es que pienso que para que una organización de esa índole sea eficaz y productiva, no necesita que las conferencias o actos culturales acarren multitudes. A la Escuela de Verano a que me refiero iba más bien poca gente; a veces éramos siete u ocho personas solamente. Los participantes estelares que llenaban el Aula eran el historiador mexicano don Arturo Arnáiz y Freg y el filósofo español don José Gaos, discípulo predilecto de José Ortega y Gasset. Creo que si llenaba el aula era un poco por la elegancia del orador y maestro. Los oradores son un tanto actores y como estos, se hacen aplaudir.

Recuerdo que el profesor Gaos se incomodó algo conmigo el día que le hablé de un librito suyo destinado a facilitar la comprensión de Heidegger. Con cierta impertinencia (involuntaria, claro) le dije que efectivamente, no entendía a Heidegger pero tampoco entendí el librito que me lo tenía que explicar. La impertinencia -menos mal- fue dicha en familia. Así no tengo que avergonzarme más.

La promoción cultural es cosa de voluntariedad y desinterés. La siembra cultural no produce a plazo fijo. Aquellos años 45, 46, 47 y siguientes, siguen dando frutos y ricos recuerdos al Monterrey empeñoso de ayer y de hoy. El promotor cultural no trabaja nunca "por la paga". En Monterrey estamos haciendo muchas cosas; algo bueno ha de salir de tal estado de ebullición. El pueblo tiene un sexto y hasta un séptimo sentido; a la corta o a la larga triunfa lo que es justo y lo que es verdadero.